

Y por entre el espeso laberinto
De las enmarañadas digresiones,
Se hunda, reaparezca, se zabulla
De nuevo, y nuevamente salga y bulla
Hasta llegar al fin que te propones.
Mas hora en filósofos zigzagues
Teológicos, políticos, divagues,
Ó en un rocín aprietes los talones,
Lanzándote á remotas excursiones,
Ó vía recta el argumento vaya
Y la locomotiva,
Potencia de no fútil inventiva,
Quieras tener á raya
(Lo que, si mis preceptos obedeces,
Harás muy pocas veces),
Haya sin falta alguna
En tus poemas luna
Que esplendorosa ó pálida riele.
¡Oh de la noche solitaria reina!
¿Cuál hay que á ti no apele,
Vate que canas peina,
Ó que rubio mostacho apenas pela?
Pero tan socorrida como ahora
Nunca fuiste. Vigila
Todo autor, toda autora
Que á veces aulla ó canta, ríe ó llora,
Porque la bella luz con que plateas
El universo, irradie sus ideas,
Desde el que hijo mimado de la fama
Ciñe á su frente inmarcesible rama
Hasta el que dice *veya* por *veía*
En tosca jerigonza todavía.
No deje, pues, de rielar la luna,
Ó en el cristal de límpida laguna
Que el aura arrulle ó que entre sauces duerma,
Ó en el follaje obscuro de una yerma
Cumbre, recién mojada de rocío,
Ó en bullicioso río
Que al voraz Oceano,

En que se abismará, corre anhelante,
Imagen, ¡ay! del existir humano.

Un *¡ay!* de cuando en cuando es importante:
Por lo pronto hará ver que tienes hecho
De hebras delicadísimas el pecho,
Blandas en sumo grado y sensitivas;
Y no será preciso que te afañes,
Y los sesos que tengas los devanes,
Buscando frases nuevas, expresivas
Con que secretos íntimos reveles
Del corazón. Atente á tus *rieles*;
Y pon de trecho en trecho uno ó dos ayes,
Cuando la cuerda del dolor ensayes.

Tras un cuadro de vívidos colores
En que retrates lúbricos amores,
Encaja bellamente una homilía
Contra la corrupción social; y luego
Que á la ya inaguantable tiranía
De este gobierno jesuíta, godo
Que lo inficiona y lo agangrena todo,
Lances una filípica de fuego,
Llora la servidumbre de la prensa,
Que prohíbe decir lo que se piensa,
Y por ninguna hendrija
Permite que respire uno siquiera
(Sábenlo los lectores demasiado),
Útil verdad, de tantas que cobija
En sus profundidades tu mollera;
Es el cuadro encantado
Que se descubre en más dichosa era.
Leyendo tan espléndida bambolla,
Habrá mil que suspiren por el día
En que echés á volar la fantasía
Que tu médula cerebral empolla.

Si el tono blando tomas,
Conviene que derrames

Profusamente aromas,
Y que todas las voces embalsames
De azahares, jazmines y azucenas,
Y que de olores la nariz abrumes.
«Sacudir las alillas pueda apenas
El céfiro agobiadas de perfumes.»
Bello concepto, á que echarás el guante,
Aunque no faltará tal vez pedante
Que á Byrón lo atribuya.
¡Necios! Como si fuera culpa tuya
Que, cuando para ti del cielo vino,
Byron lo interceptase en el camino!

Es de rigor que llores
Alguna pobre niña arrebatada
En verdes años ¡ay! á los amores.
Su imagen adorada
De tu memoria un punto no se aparte;
Y para más desgracia atormentarte,
Y de esas penas aguzar la punta,
Dirás que la difunta
Era un ángel de amor, era un modelo
De perfección, en que vació natura
Toda virtud, y gracia, y hermosura:
Divina joya, incomparable perla,
Que, para tu regalo y tu consuelo,
Quiso enviar expresamente el cielo
Á un mundo vil, indigno de tenerla;
Y con estos elogios, y otros tales,
Conocerán las damas lo que vales,
Y el tuyo propio harás sin que te cueste
Una sola palabra
Que tu modestia en lo menor moleste.
¡Sólo con un diamante otro se labra!

Tenga abundante acopio
De ensueños tu paleta.
Nada más de mi gusto, ni más propio.
Cual suele de abejas tropa inquieta

Volar entre el tomillo y la violeta,
Así acudir se ve legión alada
De ensueños en la silla ó en la almohada
De todo aquel que el inspirado pecho
Á su pupitre arrima,
Ó se desvela en solitario lecho
Dándole caza á la difícil rima.

Pero lo que en el día
Logra aplauso mayor, es una cosa
Que se suele llamar misantropía.
Huye á la selva umbrosa,
Ó más bien á la selva que desnuda
De su follaje la estación sañuda;
Oculta allí el hastío que devora
Tu gastada existencia; el negro tinte
Que los odios fantásticos colora,
De cada objeto alrededor se pinte.
Huye á donde jamás hiera tu oído
El eco envenenado, aborrecido,
De humana voz; allí donde la roca
Amortaja de nieves su cabeza
Titánica; ó allí donde bosteza
De apagado volcán lóbrega boca.
¿Ves cómo ya el postrero
Rayo de sol expira en el otero,
Y al entreabrirse cárdenos nublados,
De tempestad preñados,
Lámpara sepulcral arde el lucero
Sobre la tierra que la sombra enluta?
Huye al amigo seno de la gruta.
Medita allí, cavila;
Y de tu pecho el negro humor destila
Sobre todos los seres gota á gota;
Y llama al mundo en que naciste, infierno,
De que fué á Lucifer dado el gobierno
Para jugar con él á la pelota,
Y con este menguado, pobre, triste,
Infinitesimal átomo humano,

Discorde unión de espíritu y materia,
Que monarca se cree de cuanto existe,
Porque le cupo el privilegio vano
De conocer él mismo su miseria.
Todo allí muerte, esplín, hondo fastidio,
No el que con el champaña se disipa,
Ó con el humo de cigarro ó pipa,
Sino el que pensamientos de suicidio
Engendra; y logren sólo distraerte
Impresiones de horror, de duelo y muerte.
Ó el ronco trueno música te sea,
Y de encontrados vientos la pelea,
Y de natura atormentada el grito
Cuando sobre sus bases de granito
El bosque secular se bambolea;
Ó el esquilón distante
Que llora la agonía
Del moribundo día,
Aunque de plagio se te queje Dante;
Ó del buho el fatídico graznido,
Que por la soledad pavor derrama;
Ó el gemir de la tórtola que llama,
Y llama sin cesar..... y llama en vano,
En el desierto nido,
Al esposo querido,
Que presa fué de cazador villano.

Pero no es bien que mucho te demores
En silvestres y rústicas escenas,
Que huelen á la edad de los pastores,
Cuando andaban Belardos y Filenas
Cantando á las orillas de los ríos
Insulsos, inocentes amoríos.
¿Inocencias ahora? Nada de eso
En un siglo de luz y de progreso.
Loca algazara aturda
En infernal zahurda,
Do el adusto Timón, medio beodo,
Haga de todo befa, insulte á todo;

Y brillen entre copas las espadas,
Y se mate, y se ría á carcajadas;
Y retumbe en satánicos cantares
Audaz blasfemia, horrificca, inaudita,
Que es para ejercitados paladares
Una salsa exquisita.

Mucho más dijo la parlera diosa,
Sin que de tanto embrollo
De lindos disparates, otra cosa
Engendrarse pudiera en mi meollo,
Que confusión, y vértigo, y mareo.
En el estado que me vi, me veo:
Impotente la voz, el alma seca,
Y por añadidura, una jaqueca.
Pero, para decir, bella Isidora,
Que eres un ángel que la tierra adora,
Que sabes ser honesta y ser amable,
¿Ha de ser necesario que me empeñe
Por selvas y por riscos, que me ensueñe,
Que me arome, y, por último, me endiable?
Antes seguro estoy de que sería
Imperdonable insulto
El ofrecerte semejante culto.
Si ya no soy ni aquello que solía,
Pues de la frente que la edad despoja,
Huye, como el amor, la poesía,
Puedo hablar á lo menos el lenguaje
De la verdad, que, ni al pudor sonroja,
Ni hacer procura á la razón ultraje.
Aunque de la divina lumbre, aquella
Que al genio vivifica, una centella
En mi verso no luzca, ni lo esmalte
Rica facundia, y todo, en fin, le falte
Cuanto en la poesía al gusto halaga,
Lo compone benigna una alma bella
Que de lo ingenuo y lo veraz se paga.

MISERERE.

TRADUCCIÓN DEL SALMO 50.

¡Piedad, piedad, Dios mío!
¡Que tu misericordia me socorra!
Según la muchedumbre
De tus clemencias, mis delitos borra.

De mis iniquidades
Lávame más y más; mi depravado
Corazón quede limpio
De la horrorosa mancha del pecado.

Porque, Señor, conozco
Toda la fealdad de mi delito,
Y mi conciencia propia
Me acusa y contra mí levanta el grito.

Pequé contra ti solo;
Á tu vista obré el mal, para que brille
Tu justicia, y vencido
El que te juzgue, tiemble y se arrodille.

Objeto de tus iras
Nací, de iniquidades mancillado,
Y en el materno seno
Cubrió mi ser la sombra del pecado.

En la verdad te gozas,
Y para más rubor y afrenta mía,
Tesoros me mostraste
De oculta celestial sabiduría.

Pero con el hisopo
Me rociarás, y ni una mancha leve
Tendré ya; lavarásme.
Y quedaré más blanco que la nieve.

Sonarán tus acentos
De consuelo y de paz en mis oídos,
Y celeste alegría
Conmoverá mis huesos abatidos.

Aparta, pues, aparta
Tu faz ¡oh Dios! de mi maldad horrenda,
Y en mi pecho no dejes
Rastro de culpa que tu enojo encienda.

En mis entrañas cría
Un corazón que con ardiente afecto
Te busque; un alma pura,
Enamorada de lo justo y recto.

De tu dulce presencia,
En que al lloroso pecador recibes,
No me arrojes airado,
Ni de tu santa inspiración me prives.

Restáurame en tu gracia,
Que es del alma salud, vida y contento;
Y al débil pecho infunde
De un ánimo real el noble aliento.

Haré que el hombre injusto
De su razón conozca el extravío;
Le mostraré tu senda,
Y á tu ley santa volverá el impío.

Mas líbrame de sangre,
¡Mi Dios! ¡Mi Salvador! ¡Inmensa fuente
De piedad! Y mi lengua
Loará tu justicia eternamente.

Desatarás mis labios,
Si tanto un pecador que llora alcanza,
Y gozosa á las gentes
Anunciará mi lengua tu alabanza.

Que si víctimas fueran
Gratas á ti, las inmolará luego;
Pero no es sacrificio
Que te deleita el que consume el fuego.

Un corazón doliente
Es la espiación que á tu justicia agrada:
La víctima que aceptas
Es un alma contrita y humillada.

Vuelve á Sión tu benigno
Rostro primero y tu piedad amante,
Y sus muros la humilde
Jerusalén, Señor, al fin levante.

Y de puras ofrendas
Se colmarán tus aras, y propicio
Recibirás un día
El grande immaculado sacrificio.

EL PROSCRITO.

(Fragmentos de una leyenda.)

CANTO PRIMERO.

LA FAMILIA.

Ante la reja está de un locutorio
De monjas, á la hora de Completas
(No digo la ciudad ni el territorio,
Por evitar hablillas indiscretas),
La mujer del anciano don Gregorio
De Azagra, caballero de pesetas
Pocas, pero de alcurnia rancia, ilustre
Á quien ni aun la pobreza empaña el lustre.

Que dió espanto á las huestes agarenas
Un don Gómez de Azagra con la espada,
Y añicos hizo él sólo tres docenas
De moros en la Vega de Granada;
Y que su sangre corre por las venas
De don Gregorio, en cuya dilatada
Prosapia no encontró jamás indicio
Judaico que tiznar, el Santo Oficio;

Ni cayó de traición la mancha fea,
Ni hubo séctario alguno de Mahoma,
Ni abuelo con raíces en Guinea,
Ni, en fin, más fe que la de Cristo y Roma;
Claramente verá todo el que lea
(Donde se lo permita la carcoma)
La iluminada ejecutoria antigua
Que contra malas lenguas lo atestigua.

Cuenta en sus bienes el señor de Azagra
Dos minas *broceadas*; vasta hacienda
De campo, que le rinde renta magra;
Y vieja casa de capaz vivienda,
Do la vida le endulza y le avinagra
Alternativamente la leyenda,
El mate, la tertulia un corto rato,
Los acreedores, la mujer y el *flato*.

Era también de esclarecida cuna
Su mujer doña Elvira de Hinojosa;
Y aunque en el matrimonio, la fortuna
De su marido no medró gran cosa,
Fué una santa mujer sin duda alguna;
Y como tan austera, escrupulosa
Y timorata que es, ciertas cosillas
Que en don Gregorio ve le hacen cosquillas.

Á la tertulia sin cesar combate;
Porque se viene tardes y mañanas
Á beberle la aloja y chocolate,

Gastando el tiempo en pláticas profanas.
Dice que su marido es un petate,
Y algunas veces le llamó Juan Lanas:
Quiere que todo, en fin, se le someta,
Y trata á don Gregorio á *la baqueta*.

Cosa muy natural seguramente
En tan alta virtud; ni pudo menos
La que abrasada en santo celo, siente
Aun más que sus pecados los ajenos.
Y lo peor de todo es que el pariente,
Cuando estalla en relámpagos y truenos
Su bendita mujer, vira de bordo,
Toma la capa, ó calla y se hace el sordo.

De esta feliz matrimonial coyunda
Tuvo Azagra hijos dos: perdió el primero,
Y le vive Isabel, prole segunda,
Que ya su corazón ocupa entero.
No ha vuelto la señora á ser fecunda:
Y como la Isabel de Enero á Enero
En aquel monasterio se lo pasa,
No hay más que Elvira y don Gregorio en casa.

De lo que dejo dicho se colige
Que la tal Isabel es la heroína
De mi leyenda, y de rigor se exige
Que la retrate. Cabellera fina,
Rizada sin que el arte la ensortije,
Negra; rosado cutis, coralina
Boca con marfilada dentadura:
Espalda, cuello y brazos, nieve pura.

De beldad envidiados caracteres,
Isabel, en tu patria menos raros,
Madre de donosísimas mujeres,
De hombres valientes y de ingenios claros.
Pero en el talle esbelto única eres,
Y en esos ojos, de su fuego avaros,

Fuego amoroso, y juntamente esquivo,
En tus tímidos párpados cautivo.

Edúcase la niña en el convento,
Sin ver ni la ciudad, ni la paterna
Casa jamás. El crítico momento
De pronunciar su despedida eterna
Del mundo va á llegar; y el pensamiento
(En que arrullada fué desde la tierna
Infancia) de celeste desposorio,
A toda la familia es ya notorio.

Quiere su madre, y quiere fray Facundo,
Su confesor, que tome luego el velo;
Y ella, á quien el recinto del profundo
Retiro en que ha vivido es, bajo el cielo,
El universo todo; ella que al mundo
Recuerda como un sueño vago, al celo
Del confesor y á la materna instancia,
Cede sin aparente repugnancia.

Bien que á las veces este sueño vago
La muestra un no se qué dorado, hermoso,
Que hace en el alma excitador halago,
Muy diferente del claustral reposo.
Quisiera ver el valle, el río, el lago,
La montaña elevada, el mar undoso;
Y en libertad triscar por la pradera,
Con alguna querida compañera.

Objetos que no ha visto y se figura
Aun más bellos acaso que la propia
Naturaleza; pues la infiel pintura
De la imaginación, partes acopia
Que unidas no se ven; y es toda pura,
Es toda bella y diáfana la utopía
De joven alma, que su forma aeria
Y su albor virginal da á la materia.